

# **Tres cartas a Victoria de Miguel, de San José**

**Formoso, Manuel**

---

**Manuel Formoso:** Abogado y periodista y costarricense. Es también catedrático universitario.

---

7 de enero de 1992

Mi querida Victoria:

Nunca como ahora me resulta tan adecuado y alentador llamarte «mi querida Victoria», porque estoy pasando por un momento de terrible derrota y tu imagen, tu nombre y tu recuerdo, me proporcionan el impulso necesario para superar este difícil trance.

Ocurre, querida amiga, que de tanto «meter la pata», finalmente me la he quebrado. Sí, así como suena, literalmente me he hecho polvo una rodilla jugando al fútbol como si fuera un chiquillo de 15 años y no este más que cincuentón que ahora te escribe. Has de creer que aprovechando los feriados de comienzo de año me fui con la familia a la casa de campo que el Colegio de Periodistas tiene cerca de San Josecito de Alajuela - ¿recuerdas todavía aquellos paseos que solíamos dar por viejas calles cercanas a la ciudad de Alajuela, cuando tú eras una estudiante de enfermería y yo un galán sin ventura que bebía los vientos por ti? - y ahí formamos una «mejenga», como decimos en costarricense, y nos pusimos a patear una bola de fútbol, con tan mala fortuna que en una jugada en la cual defendía la portería con sin igual arrojo, al lanzarme a detener la pelota tropecé con el globo terráqueo y «crack», al girar todo el cuerpo sobre una pierna trabada en la tierra, el plato de la rótula derecha se fracturó.

Como la rodilla se me hinchaba mucho, y además me dolía terriblemente, me llevaron de urgencia al Hospital San Juan de Dios en San José. En los primeros minutos el dolor era tan fuerte que no podía percibir nada más que aquel padecimiento, pero luego, desde el asiento trasero del automóvil donde me habían acomodado, entreabrí los ojos y me di cuenta de que estábamos entrando a la ciudad. Tal vez poco acostumbrado a viajar sin conducir el vehículo, tuve la oportunidad, por primera vez en muchos años, de ver con ojos relativamente nuevos la ciudad de San José, que aunque me es tan familiar, la tengo ignorada de tanto mirarla sin verla.

La manera más agradable de llegar a San José, y además es la que utilizan los viajeros que vienen por vías aéreas, es entrándole por el noroeste, pasando al lado de «La Sabana», ese inmenso parque que dejó en el siglo pasado a los josefinos el Padre Chapuí, heredero único de una rica familia que se agotó, al menos en sus legítimos vástagos, en este cura generoso, al cual nunca se le conocieron hijos. Desde hace unas décadas La Sabana está dedicada al recreo y al deporte, y por eso ya no se utiliza como aeropuerto, como en los años cincuenta, cuando tú llegaste a San José. Ahora La Sabana se ha convertido en el pulmón oeste de la ciudad, donde juegan niños, pasean en «Iycra» jovencitas con sus hermosos cuerpos bien ceñidos y algunos hombres serios intentan hacer deporte, al tiempo que miran a las bellas josefinas.

Pero mis ojos de hombre sufrido no estaban para contemplar estas lindezas. Cuando tomamos rumbo al este por el Paseo Colón, donde hacemos cuantos años estaban situadas las mejores casas de la burguesía cafetalera, me di cuenta de que ahora hay múltiples edificios comerciales, algunos de muchos pisos, y más de una de estas casas solariegas se encuentra destinada al lucrativo negocio de restaurante, si ha tenido suerte, porque no pocas son utilizadas para menesteres menos dignos, aunque un tanto más divertidos. Sigue siendo el Paseo Colón, a pesar de todos estos cambios, la calle más hermosa que tiene San José, pero por dicha no es muy larga, porque mi rodilla me dolía terriblemente. Ya entrando en lo que podríamos llamar el casco viejo de la ciudad, llegamos al Hospital San Juan de Dios, al que debes tener especial cariño, porque en él hiciste la mayoría de tus prácticas para graduarte de enfermera.

Llegamos al Servicio de Emergencia, que sigue estando a la entrada en el mismo lugar, y como siempre repleto de gente con brazos, piernas, cabezas, troncos y demás extremidades quebradas, o bien con heridas dolorosas y sangrantes. Para atenderme me pidieron el «carnet» del Seguro Social, la Orden Patronal y la cédula de identidad, como si uno tuviera a mano todos estos documentos cuando se accidenta. Pero como ahora la seguridad social costarricense se extiende a toda la población trabajadora del país, bastó con que afirmáramos que era profesor universitario, que me dolía mucho la pierna y que además el Dr. Cordero, jefe del Servicio, que acababa de pasar al lado saludándome con gran interés, era mi amigo por haber sido compañero de estudios en la secundaria.

Fue así como pasé de la ventanilla de «toma de datos» a una habitación que en la puerta decía «valoración de medicina». Aquí me hicieron tales curaciones que perdí el sentido, no sé si por el dolor o por mi imaginación desbocada de periodista, lo

cierto es que cuando se me aclaró la mente, ya estaban terminando de ponerme yeso en la pierna. Al poco rato salía del hospital y pude contemplar su vieja fachada con más tranquilidad, recordando que por más de cien años ha prestado sus servicios a miles de costarricenses, siendo hoy uno de los mejores centros que tiene el Seguro Social para atender la salud de sus afiliados.

Salimos del Hospital con rumbo este para llegar a mi casa en San Vicente de Moravia. Tomamos por la Avenida Segunda, una de las calles más anchas que tiene la ciudad, pero cuya ampliación ha tomado muchos años, pues ya se encontraba el proyecto en estudio cuando tú estabas aquí con nosotros y todavía hoy no se ha concluido. A ambos lados de esta gran avenida hay enormes edificios bancarios, centros comerciales y de comidas rápidas, cinematógrafos despoblados y casi en ruinas, y el Parque Central que antaño era el centro elegante de la ciudad, pero que ahora muestra una decadencia terrible, pues se ha convertido en sitio de paso para miles de afanados trabajadores que van a sus labores, en centro de reunión de viejos pensionados y hasta en la tribuna desde donde predicadores baratos gritan una sarta de insensateces, posiblemente convencidos de que tiene más poder el volumen de la voz, que el contenido de lo que dicen.

La ciudad de San José en estos últimos años ha cambiado mucho, perdiendo cosas muy agradables, como por ejemplo sus moradores en la parte central, pues la mayoría ha tenido que ceder sus viejas y hermosas casas para negocios comerciales que pagan altos alquileres, o bien venderlas para ser derribadas y construir en sus solares modernos y antisísmicos edificios, en esta tierra de frecuentes temblores. Y así el centro de la ciudad se ha transformado completamente, perdiendo aquel aire de ciudad tranquila y despreocupada que tenía hace cuarenta años, que nos permitió tantas veces pasearnos románticamente, mirando no solamente las golondrinas, sino las palomas, los pericos, las piapias, los bobos y los miles de pájaros de esta gran biodiversidad costarricense, volando por el cielo mientras yo te recitaba los inmortales versos de Becquer.

Ahora el centro de San José se ha llenado de una población que corre, se apretuja, consume frutas en las calles, ensucia las aceras y se ve sometida a los ataques de una delincuencia urbana, tan amplia y audaz como nunca antes se había visto. Aquel San José pueblerino y pequeñón, de unos noventa mil habitantes, que giraba en torno a la Avenida Central que por las tardes reunía a toda la gente conocida, ha desaparecido para dar lugar a la gran agrupación metropolitana de cerca de novecientos mil habitantes, que concentra aproximadamente el 30% de la población de Costa Rica.

Por esta vez, al enviarte la tradicional felicitación de Año Nuevo, esa ceremonia anual con la que discretamente soplamos sobre las brasas que quedan de lo que alguna vez fuera fuego intenso, no he podido resistir la tentación de agregarte estas líneas. Has de tener en cuenta que he estado en el Hospital, ese lugar donde tantas veces te busqué para llevarte a pasear por viejas calles, para besarte cariñosamente, sin nunca meter la pata como ahora lo he hecho.

Recibe de tu fiel amigo un fuerte deseo de que la prosperidad te acompañe en este año mágico de 1992. Con el inalterable cariño de siempre, te abraza tu Miguel de San José

14 de febrero de 1992

Mi querida Victoria:

Gracias por haber respondido a mi carta, ciertamente un tanto extemporánea y fuera de nuestra habitual comunicación. Entiendo tus reservas y además me gustan. Uno de tus mayores encantos ha sido tu personalidad cerrada para mucha gente, pero que conmigo se abrió de manera tan maravillosa, que nunca he podido olvidarte.

Me ha conmovido saberte abuela. Lo sospeché desde un principio. ¿Cómo iba a ser posible que un ser tan especial como tú no se reprodujera? Dejarlo perecer sin descendencia sería pecar contra la estética, como se lamenta Shakespeare en sus famosos sonetos, cuando implora al ser que ama que tenga hijos, para que su belleza no sea destruida por el paso del tiempo. Dime, ¿acaso alguna de tus nietas ha heredado esa cualidad tuya tan preciosa, que hace que desde el fondo del alma te nazca una luz que te ilumina y te hace lucir tan bella para el privilegiado capaz de percibirlo?

Regresando a mis tropiezos, he vuelto a caminar con cierta normalidad.

Me han quitado el yeso y en el hospital han hecho un trabajo de rehabilitación estupendo. Estoy dando de nuevo mis pasos por esta tierra y mi principal descubrimiento han sido las terapistas. Son seres admirables que con sus hábiles manos nos ayudan a recuperar el buen uso de los músculos, por atrofiados que estén. En estas semanas en que he ido día a día al hospital, las he visto hacer cosas maravillosas. Me dicen que cada vez hay menos terapistas en nuestros centros de salud, porque

se las llevan contratadas a Venezuela con mejores salarios. ¿Será es o cierto? ¿No podríamos hacer un canje de enfermeras?

Cada vez que he ido al Hospital San Juan de Dios he revivido nuestros encuentros de hace tantos años, cuando tú eras muy jovencita, muy seria y muy bella, haciendo estudios de enfermería en Costa Rica y yo a punto de graduarme de abogado, trabajando en periódico. Cuántas veces, al mediodía, no pasé a buscarte para almorzar juntos y como no teníamos mucho tiempo ni dinero, íbamos al Mercado Central, situado tan sólo a pocas cuadras del Hospital, a compartir el comer con la gente sencilla y humilde, rodeados de muchas flores frescas, multitud de artesanías de madera, bolsos de mecate, jícara para maracas, viendo pasar enormes pedazos de la mejor carne, trasladados a espaldas de fornidos muchachos.

Por eso en estos días no he resistido la tentación de regresar al Mercado Central y has de creer que es el sitio que menos ha cambiado en San José. Sigue estando situado en el corazón de la ciudad, siempre lleno de flores, ofreciendo las mejores carnes de res, cerdo y pescado, y con esa multitud de artesanías de cuero, madera y mimbre que tanta gracia te hacían. El Mercado Central es un lugar que vale la pena visitar, porque cuando uno entra en él se comprende mejor lo poderoso que ha sido el carácter campesino en la formación del ser costarricense. No hay duda de que en el siglo pasado la actividad de los numerosos productores de café nos marcó profundamente, porque hay que recordar que los oligarcas dueños de las mayores plantaciones no eran los únicos que sembraban, sino que siempre tuvieron que compartir la producción cafetalera con miles de campesinos, que obtenían de sus pequeñas parcelas los ingresos suficientes para atender a sus necesidades básicas. De este modo se financió un cierto igualitarismo en la sociedad costarricense, que ha sido la base de nuestra democracia por más de cien años. Por eso somos la menos «banana republic» de Centroamérica y sí la más cafetalera, tanto que aún hoy en día seguimos teniendo más de cien mil productores de café, entre grandes y pequeños, trabajando solos o en cooperativas.

Deambulando por el Mercado Central he conseguido dar con el mismo «tramo», como llamamos a los pequeños puestos de ventas, donde algunas veces almorzamos. El menú no ha variado gran cosa en estos años. La sopa negra y la de mondongo siguen siendo las más populares.

La primera, hecha de frijoles y con dos huevos cocidos, es la que más me gusta, sobre todo acompañada de un poco de arroz blanco. La segunda, como recordarás, está hecha de tripas de res y como resulta tan apetitosa, tiene gran demanda. En-

contré que sirven los mismos platos compuestos de un bistec de carne con abundantes cebollas fritas, arroz y plátano maduro, conocidos popularmente como «ca-sados» y que tanto te gustaban.

Y por increíble que te parezca, tropecé al azar con aquel lugar que vendía yerbas medicinales, donde solías comprar algunas para hacer tus curaciones de yerbera aficionada. Siguen teniendo «árnica» para los golpes, «hombre grande» para los padecimientos del estómago, «salvia» para la gastritis, «jamaica» para adelgazar, «tilo» para recuperar el sueño, extracto de «carao» para combatir la anemia y raíz de «chino» para los males de la próstata, y muchas otras más.

La gente que viene al Mercado Central es sobre todo la gente humilde de la Meseta Central, para la cual la ciudad de San José resulta tan excitante como para nuestros ricos la de Miami. Es tan lindo ver llegar a esta gente con sus sombreros de paja, sus alforjitas tejidas de yute y sus expresiones de buenas personas, para comprar aquí todo lo que necesitan, porque todavía en nuestro Mercado Central es posible conseguir cualquier cosa. Existe también una clientela de josefinos, fiel a su mercado, que desafía las incomodidades de venir al centro de la ciudad, olvidándose por un momento de los modernos supermercados de los barrios periféricos, porque igualmente sabe todo lo que aquí puede conseguir y a mejores precios. Curiosamente y por fortuna, las cantinas populares en las que nuestros campesinos gastaban todo su dinero han prácticamente desaparecido del Mercado. Así como hace cuarenta años, casi que había una cantina entre negocio y negocio, hoy sólo quedan dos y la política de la actual administración es no renovar los permisos para vender licor.

El Mercado Central luce más limpio y ordenado que antes, y según me decía un amigo, que comparte con su familia un negocio desde hace más de cien años, casi no hay delincuencia en su interior. A veces, como ocurre en esas viejas películas de Hollywood sobre Arabia, algún ladroncillo que opera en la Avenida Central, perseguido por la policía, entra al mercado y se oculta confundido con la multitud de compradores, que siempre llena los estrechos y numerosos pasillos de este lindo laberinto que sigue siendo nuestro Mercado Central de San José.

Sé que soy un soñador imprudente y romántico al escribirte un 14 de febrero. No pretendo alterar tu vida tranquila y feliz de abuela en Caracas con mis tontos recuerdos, pero tienes que saber que en el fondo de mi alma quedó escondido por muchos años un recuerdo, que de vez en cuando revivía débilmente, pero con este tonto accidente de la rodilla, y sobre todo con mis visitas al Hospital San Juan de

Dios, ha tomado fuerza de nuevo, tanto como para atreverme a escribirte de esta manera.

Con el cariño de siempre te saluda, te abraza y te besa respetuosamente tu

Miguel de San José.

7 de abril de 1992

Querida Victoria:

Hace varias semanas que recibí tu última carta. No he querido responderte inmediatamente, para asimilar mejor lo que me escribes. En verdad que no me molesta, ni siquiera me sorprende nada de lo que me dices. Más bien me ha alegrado saber-te tan consistente y tan fiel a ti misma durante todos estos años. Tienes toda la razón, soy un loco al pretender revivir sentimientos de hace cuarenta años. Tu vida ya está hecha, has sido feliz al lado de tu marido, de tus hijos y numerosos nietos. Y de paso me has hecho un regalo precioso cuando escribes «yo también te quise mucho, mucho», aunque luego agregues «pero eso quedó atrás con mi juventud y mi belleza». Para mí, a pesar de que seas abuela varias veces, siempre serás la dulce jovencita venezolana que llegó a Costa Rica para hacerse enfermera y a la que tan tiernamente amé. Pero basta de romanticismos tontos y para demostrártelo, ya que te han interesado las cosas que te he dicho de San José, te cuento que hace unas semanas mi mujer y yo hicimos una salida nocturna, yendo al teatro y luego a cenar a un restaurante de moda, cosa que rara vez solemos hacer.

Hemos asistido a una obra, en exclusivo preestreno, que ha montado un amigo director de teatro. Has de saber que en la ciudad de San José ahora hay alrededor de una docena de teatros con una producción constante, lo cual es sorprendente para una capital centroamericana. Naturalmente que no todo lo que ofrecen es igual, porque algunas obras son de poca calidad y hasta muy chabacanas, pero otras que se representan son realmente buenas. Cuando tú llegaste a Costa Rica sólo teníamos un pequeño grupo, el del Teatro Universitario, que era muy sencillo y de un nivel si acaso de escuela secundaria. Pero las semillas de este grupo teatral, unidas a las de otro independiente muy bueno, El Arlequín, dieron excelentes frutos, tanto que la mayoría de nuestros mejores directores y actores salieron de esos almácgos. Más tarde recibimos un valioso refuerzo de Chile, a inicios de la década de los años setenta. Gracias a la brutalidad del golpe del general Pinochet, gente de mucho valor en campos muy diversos, llegó a Costa Rica. Particularmente feliz fue el aporte que nos dio la gente de teatro, sobre todo del grupo llamado Teatro del Angel, por-

que contribuyeron oportunamente a fortalecer el desarrollo que se estaba dando entre nosotros.

La representación que vimos esa noche fue buena. Los actores excelentes y la dirección acertada, pero... ¿valía la pena desafiar todo lo que tuvimos que enfrentar para llegar hasta el teatro? De noche San José se ha convertido, particularmente el sector de la Avenida Central, en una auténtica jungla de asfalto por donde además de alguna gente honrada, pululan infinidad de mendigos, muchos de ellos niños, prostitutas de los dos sexos y de todas las edades, borrachos, vendedores de lotería, de flores y toda esa pobre gente que tiene que inventarse cualquier cosa para poder comer, porque el famoso ajuste estructural no sólo está haciendo estragos en Venezuela, sino en toda nuestra América.

La mayoría de los teatros de San José están situados en una área muy hermosa de la ciudad, que tú no conoces en su estado actual. Al lado de nuestro centenario Teatro Nacional, situado a una cuadra de la Catedral, existían una viejas edificaciones que fueron removidas para crear un amplio espacio, que ahora llamamos Plaza de la Cultura. Es una linda plaza y en su subsuelo se ha instalado un valioso Museo del Oro, donde hay frecuentes exposiciones de nuestros mejores pintores y escultores. Muy cerca de aquí, a tan sólo unas pocas cuadras, se ha creado otra plaza, esta vez de la Democracia, derribando igualmente viejas edificaciones. Estas dos plazas han venido a darle un poco de aire a la ciudad, permitiendo realzar la belleza de los buenos edificios que las rodean. Así como la de la Cultura tiene el Teatro Nacional, la de la Democracia le otorga una amplia perspectiva al Museo Nacional, antiguo cuartel convertido en casa de cultura por don José Figueres, cuando en 1948, de un simbólico mazazo no sólo eliminó parte de sus muros, sino que proscribió el ejército como institución permanente en nuestra organización social.

Esa noche, una vez que salimos del teatro decidimos ir a comer a alguna parte, pero no lo quisimos hacer en el centro de San José que resulta tan hostil. Por eso nos fuimos a un lugar llamado «El Pueblo», situado en donde hace unos años terminaba por el norte la ciudad y ahora hay una pequeña ciudadela compuesta de casas blancas, de tejas rojas, que recuerdan un poco la casa típica del campesino, y en la cual se concentran varias «disco4teques», restaurantes de lujo, etc.

Tienes que saber que en estos años, en torno a la ciudad capital, se han ido formando grandes concentraciones urbanas periféricas, que reúnen los mejores servicios. Por ejemplo, hacia el este de San José el pequeño pueblo de San Pedro de Montes de Oca ha crecido tanto que se ha unido totalmente a la capital. Seguramente por



encontrarse ahí la Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, ahora San Pedro cuenta con las mejores librerías del país, restaurantes de primera, galerías de arte y multitud de negocios comerciales, que atienden las necesidades de un desarrollo urbano muy vigoroso. En dirección contraria, hacia el oeste, una vez pasada La Sabana, la ciudad ha experimentado un desarrollo muy importante, mas bien lujoso, con grandes casas de familias ricas, distribuidas en numerosas urbanizaciones que llevan el nombre de «Las Pavas» y «Rhormoser», con sus consiguientes centros comerciales, restaurantes de primera, etc. Hacia el sur, y como suele ocurrir, con un carácter mas bien popular, la ciudad ha crecido mucho en lo que se conoce como «los Hatillos», que por ahora reúne a ocho extensas urbanizaciones, con miles de casas más bien modestas, para nuestra numerosa clase media.

Este desarrollo urbano tan vigoroso y amplio, naturalmente que ha cambiado el uso de la tierra, haciendo desaparecer bajo toneladas de cemento los mejores terrenos para el cultivo del café. Igualmente, para conectar todo este crecimiento urbano por medio de vías más o menos expresas, ha sido necesario construir numerosas calles que algún día formarán un anillo periférico, todavía sin concluir, al estilo del que tienen las grandes ciudades como México. Esta amplia red vial facilitará la comunicación del más del millón de habitantes que tiene el Valle Central, que es y ha sido siempre, el corazón de la nación costarricense.

No sé si esta carta tendrá una respuesta inmediata, o si deberá esperar al final del año para recibir la tradicional tarjeta de felicitaciones navideñas. Lo que si sé muy bien es que el haberme «quebrado una pata» no fue del todo meter la pata, porque me ha dado la feliz oportunidad de decirte algunas cosas que tenía adentro, cosas que necesitaban salir, como esos olores encerrados por mucho tiempo en un viejo baúl donde guardamos los recuerdos. He podido ventilar este oscuro rincón de mi alma con tus claras palabras, y por eso se ha fortalecido un afecto de tantos años. Una gozosa «saudade» me invade cuando te digo hasta luego o hasta el año entrante, mi querida Victoria.

Te saluda, te abraza y te besa respetuosamente, tu

Miguel de San José.